

**CÓMO
PROVOCAR
UN INCENDIO
Y POR QUÉ**

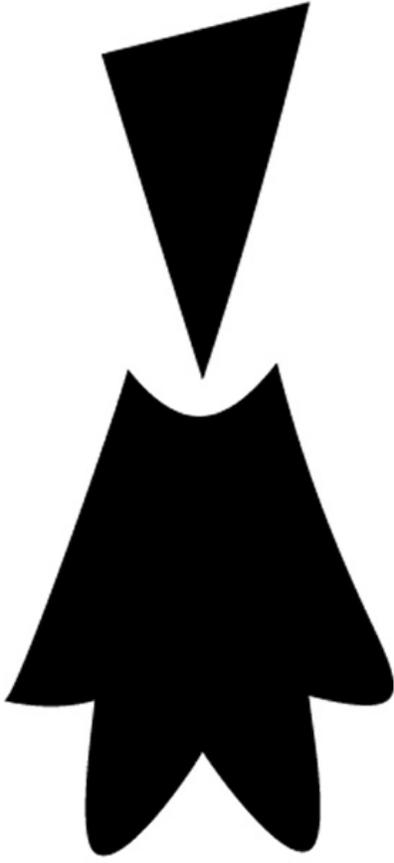


JESSE BALL

Traducción de Virginia Rech



Sigilo



«El logro más notable de esta novela es la voz narrativa. Pertenece a Lucia Stanton, su heroína joven y descontenta que recuerda a Holden Caulfield. Lucia es una creación maravillosa y la riqueza de su voz -su inteligencia y distraída precisión- se siente desde la primera página».

The Boston Globe

«Ball se refiere a sí mismo como fabulista, pero no deja de ser un escritor profundamente moral, con un sentido fino de la tragedia... Las novelas de Ball -pese a su astucia, sus misterios inquietantes y sus actos de violencia sin sentido-, son en definitiva una celebración de la compasión, nuestra mejor barrera contra el sufrimiento».

The Atlantic

«Extremadamente lograda: ágil, con un lenguaje afilado y un chispeante y peculiar sentido del humor».

The Wall Street Journal

JESSE BALL

Cómo provocar
un incendio y por qué

Traducción de Virginia Rech



A Frank Bergon

Primera parte
EN DONDE ME PRESENTO

1

Hay gente que odia a los gatos. Yo no, es decir, personalmente no odio a los gatos, pero entiendo por qué hay quienes los odian. Creo que todo el mundo necesita tener una causa, y la de algunos es odiar a los gatos, y no los juzgo. Cada persona necesita tener alguna cosa especial que debe hacer. Es más: no debería contárselo a nadie. Debería mantenerlo completamente en secreto, tanto como le sea posible.

En la escuela anterior no me creían lo del encendedor de mi papá. Siempre lo llevo conmigo. Es lo único que tengo de él. Y cada vez que alguien lo toca queda un poco menos de mi papá en el encendedor. Tiene sus restos; no me refiero a su cadáver, sino a los restos de su cuerpo normal, el que se nos va desprendiendo todo el tiempo. Es lo único que me queda de él, y lo atesoro.

Así que les dije, y se lo dije más de una vez: no toquen este encendedor porque los mato. Supongo que porque soy mujer nadie pensó que hablaba en serio.

Alguien me contó que una vez leyó en un libro que un científico vio un chimpancé hablándole por señas a un árbol. Al parecer, el chimpancé no solo había aprendido el lenguaje de señas, sino que además tomó la decisión de usarlo, y para usarlo eligió un árbol. Lo asombroso es que allí se termina la historia. Pusieron al chimpancé a hablar por señas con investigadores y gente así: nada de andar hablando con árboles. Estoy totalmente en contra de esa clase de cosas, y no porque crea que los árboles hablen ni nada por el estilo (no se preocupen, soy muy lúcida). Pero les apuesto lo que sea: si dejan que el chimpancé les hable a los árboles, una década más tarde, bueno... nadie sabe qué podría ocurrir, pero esa es la cuestión.

Lo que quiero decir es que tengo mis propios planes, mis propias ideas. Que me expulsaran de esa escuela no los afectó demasiado. Creo que en el fondo

no me importa a qué escuela vaya. Pero lamento solo haberle rasguñado el cuello con el lápiz. Me creía capaz de más.

Fue una escena bastante desagradable. Me sentaron en la oficina del director, con mi pobre tía al lado (vivo con mi tía: papá = muerto, mamá en el loquero) y enfrente de nosotras el director, y Joe Schott, y su papá y su mamá. El papá de Joe tiene una concesionaria de autos, es decir que todos lo respetan, aunque no entiendo por qué. Por ejemplo, los empleados del deli lo llaman «jefe» aunque no sea su jefe. Lo he visto con mis propios ojos.

Como decía, también estaba el secretario, tomando notas. El secretario es además el profesor de gimnasia, y lo odio, así que, básicamente, sin contar a mi tía, una habitación llena de enemigos.

No se me pasó por alto que el director se había sentado con los Schott. Empezaron de la peor manera. El director le preguntó al secretario: ¿estamos listos para comenzar?, y él respondió: sí, creo que sí.

Schott padre dijo algo así como: Lucia, estamos dispuestos a perdonarte, con una expresión espantosa en la cara, y Joe dijo: no pienso perdonar a esta pendeja. Voy a perderme dos partidos como mínimo, y entonces Schott padre puso una mano en el hombro de Joe y comenzó a hablar, pero el director lo interrumpió: un momento, dijo, dejemos que empiece ella. Lucia, ¿estás lista? ¿Tienes algo que decir?

Fue entonces cuando dije: si su majestad el héroe del básquetbol no hubiera tocado mi encendedor, yo no le habría clavado un lápiz en el cuello.

Eso no les gustó. A Joe Schott lo admiran mucho por allí, es el niño mimado del pueblo. En el restaurante bautizaron una hamburguesa con su nombre, y hasta tiene su propia casa dentro de la propiedad de sus padres: una «cabaña», aunque no lo crean, algo que ningún chico de dieciséis años debería tener. Lo sé porque una compañera de la hora de lectura estuvo allí con él (es lindo). Ella también es detestable, así que les deseo lo mejor.

Lucia, si quieres seguir en esta escuela, tendrás que disculparte con Joe y su familia.

Perdón por no haber sido más clara, respondí. No toques mi puto Zippo, Joe. Tarde o temprano toda esta gente se va a ir y te vas a quedar solo, ¿entiendes lo que digo?

Mi tía me apretó la pierna, así que no dije todo lo que hubiera querido decir.

Mi tía es muy buena. Creo que es una de las personas más amables del mundo. Para mí que lo es. Cuando volvimos a casa, dijo que lamentaba que las cosas hubieran resultado así, con mi papá muerto y mi mamá internada, pero que no lo iba a remediar apuñalando gente. Dijo que entendía cómo me sentía. Además, no le importaba que no me dejaran volver a esa escuela. Buscaría otra que me aceptara. Lo que más la alegraba: que no hubieran involucrado a la policía. Probablemente la escuela haya querido evitar un escándalo. Pero dijo que todos tenemos un número limitado de oportunidades.

Quiero mucho a mi tía. Es la hermana mayor de mi papá y tiene por lo menos setenta años, no sé cómo. Eran anarquistas acérrimos, mi papá y ella, eso decía mi papá. Después él se murió y ella se llamó a silencio. El dinero apenas le alcanza para vivir y tener un jardincito. Fue tan dulce conmigo que en ese mismo momento decidí no causarle nunca más un problema. Fuimos a un cine de mala muerte a ver una película vieja sobre caballos. La cinta era muy mala, y el diálogo, pésimo y sentimental. No era *Flicka* ni *Azabache*, pero era absolutamente ridícula y horrible. La cuestión es que las dos lloramos a mares por las penurias del caballo y después volvimos a casa y tomamos mucho helado con cucharas grandes. Ella dijo que las cucharas grandes son buenas para días así.

2

Quizás se pregunten por qué les cuento todo esto. La verdad es que no lo sé. Pasaron un montón de cosas y solo las estoy poniendo en orden. Lo hago por mí. Ustedes no son más que una invención: me ayudan a poner las cosas en orden. Son mi público ficticio, y como tal les estoy muy agradecida. Supongo que cuando haya terminado de escribir voy a tirar todo esto. No crean que pienso que son menos horribles que los demás. Eso depende de ustedes: si quieren comportarse como personas decentes, adelante. Los que no somos unos miserables idiotas probablemente lo vamos a apreciar.

En fin, esto es lo que pasó:

Mi tía encontró otra escuela para que vaya. Se llama Whistler, y es la escuela de la ciudad más cercana. Puedo seguir yendo en bicicleta o tomar el autobús.

Después de un mes libre tuve mi primer día de clases, al comienzo del nuevo trimestre. No me hacía gracia la idea. Quizás tengan la impresión de que soy un caso difícil, pero solo soy una persona tranquila que se ocupa de sus propios asuntos. Ir a la escuela es horrible y aterrará a cualquier individuo en su sano juicio.

Esa mañana mi tía me dio una sorpresa. Me desperté y ahí estaba, sobre la mesa de la cocina: el encendedor de mi papá.

¿Cómo lo conseguiste?

Mi tía me guiñó el ojo.

Me lo llevé de la oficina el día de la reunión. Estaba sobre el escritorio. Yo tampoco quería que se lo quedaran ellos.

¡Qué mujer!

Se hizo la hora de irnos.

Como siempre me visto igual, no tardo mucho en prepararme. Alguna vez mi tía me compró ropa distinta: la tiré.

Tengo:

un buzo gris con capucha (la capucha levantada)
jeans negros
una musculosa blanca
zapatillas negras baratas
++el encendedor de mi papá++
cuaderno & lápiz
la llave de casa
algo de dinero y el documento de identidad
generalmente algún libro
un poco de regaliz por si tengo hambre

Pienso que una persona como yo puede vivir de regaliz. Por suerte, nunca he tenido que demostrar la veracidad de esta afirmación.

Cuando llegamos a la escuela mi tía paró el auto. Dijo: estás linda esta mañana. Le dije: es porque anoche me corté el pelo como un varón. Es una de esas paradojas de las que tanto hablan. Se rio.

Primero me planté frente a la escuela. Era grande, más grande que la escuela anterior. Toda de vidrio y cemento. No me gustó. No sé si existe algún motivo para construir cualquier cosa que no sean chozas. ¿Por qué no podemos vivir todos en chozas y ser amables los unos con los otros?

Será mejor que entremos.

3

Puedo hacer un diagrama de mi primer día en Whistler. En el diagrama hay una línea que va avanzando por la página hasta toparse con una mancha de Rorschach. En ese punto la línea directamente se muere, se retuerce toda y se muere. Lo cual no quiere decir que haya sido un mal día.

Les doy un ejemplo:

CHICA: Así que te llamas Lucia. ¿Ibas a Parkson?

LUCIA: ...

CHICA: ...

LUCIA: ...

CHICA: Escuché por ahí que, bueno, que apuñalaste a alguien con un lápiz.

LUCIA: ...

CHICA: ...

LUCIA: Sí.

CHICA: ...

LUCIA: ...

CHICA: Eh... no se lo contaré a nadie.

LUCIA: Está bien. Puedes contarlo. No importa.

CHICA: ...

Habría una parte del diagrama en la que podría superponerse una transparencia con pequeñas manchas rojas que indicaran otras cosas, por ejemplo: cuando vi a algunos chicos que parecían bastante aceptables. Vi a un par, pero no me hablaron. Uno de ellos estaba leyendo a Trakl, lo cual me pareció bien. Digamos que al menos no era una mala señal.

Una chica me preguntó si tenía pensado anotarme en algún deporte y eso me hizo escupir el jugo de manzana que estaba tomando. Le dije que los

deportes eran parte del espectáculo. ¿Qué?, dijo ella. La clase dominante, dije. Pareció confundida. De lo contrario, dije, la gente se hartaría y no podría ser dominada, así que no. Puedo salir a correr, si el día está lindo, o ir a nadar, eso sí. Haría judo o algo por el estilo, si existiera la opción. Pero ¿perseguir una pelota? ¿Acaso parezco un perro?

Soy la capitana del equipo de hockey sobre césped, dijo ella.

Ese fue el fin de la conversación.

Mi tía me preguntó si me había hecho algunos amigos y yo le dije que un montón. Me dijo: cuéntame sobre tu día. Le dije:

Empezó súper bien. En el aula una chica llamada Kimberly se sentó al lado mío y me regaló una pulsera de la amistad. Actúa en el club de teatro y yo también voy a anotarme. Almorzamos juntas con su novio y un montón de gente muy simpática. Me divertí muchísimo. Después su novio nos llevó a la parte trasera del gimnasio, donde nadie nos viera, y nos inseminó a las dos, así como así. Fue hermoso, no el acto en sí mismo, sabes, sino lo que vino después, ese brillo en la piel... Así que, sí, estoy embarazada y tengo amigos, pero ninguna verdadera perspectiva de futuro.

No es gracioso, dijo mi tía. Cómo te fue de verdad.

Está bien, le dije. Te lo contaré mañana.

4

Hay un hecho que debería mencionar. Soy muy buena para adivinar cómo pasarán las cosas. Soy una buena pronosticadora. Se lo dije a mi tía, y ella respondió: ¿como Casandra? No, le dije, porque yo me lo guardo para mí misma.

No estoy diciendo que puedo predecir el futuro. Eso es una estupidez. Lo que digo es esto: tengo cierta habilidad para figurarme las cosas, así que puedo adivinar cómo evitar hacer lo que no quiero hacer, o evitar involucrarme en lo que no quiero involucrarme.

Por ejemplo, siempre me siento mal cuando llega la hora de gimnasia. En general, funciona. Pero no me siento mal en plena clase de gimnasia, no: empiezo a sentirme mal durante la clase anterior, de modo que tengo que ir a la enfermería, y regresar de la enfermería (donde resulta que no tenía nada) me lleva mucho tiempo, y para entonces la clase de gimnasia se está terminando, y justo cuando estoy comenzando a cambiarme de ropa es evidente que ya no vale la pena que lo haga. Esto solía ser un tema de disputa con el profesor de gimnasia de la escuela anterior.

Otro ejemplo: el segundo día me hice amiga de los conserjes y vigilantes de la escuela. Es decir que los saludé y les convidé un poco de regaliz en la puerta de la picita hedionda donde se juntan cuando no hacen nada. Así de simple. Ahora les caigo bien. Saben que no soy como los demás imbéciles que van a esa escuela. ¿Qué quiere decir esto?

Quiere decir que cuando me escabulla por la parte trasera de la escuela para ir al kiosco a comprar cigarrillos o regaliz, ellos no dirán nada.

Además: hay una chica bastante parecida a mí que tiene su casillero a seis espacios del mío, y logré quitarle el carnet de conducir de la mochila sin que

se diera cuenta. Ahora, si necesito entrar en algún sitio, puedo usar ese carnet y parecerá que la que entró fue ella.

Pienso en el futuro estado de cosas y lo que voy a necesitar. Sé que esa clase de razonamientos es extraña para algunos de ustedes, pero tendrán que avivarse, zonzos. Así es el mundo en que vivimos.

El segundo día un chico me invitó a salir. Definitivamente no soy muy atractiva, eso está fuera de discusión, pero dentro de todo soy flaca y no tengo lepra (con perdón de todos los leprosos: no es culpa de ustedes). Este sujeto debe haber pensado que era el momento ideal para abalanzarse sobre la chica nueva. Le dije que podíamos salir, si quería, y me invitó a comer una pizza esa noche, así que fuimos. Él pagó la pizza, lo cual fue bueno porque yo no tengo nada de dinero. Hubiera preferido pagarme mi parte, pero así son las cosas. Pidió una gaseosa muy grande, y le pregunté si era socio de la biblioteca. Se enojó porque el chico del mostrador *me habló un poco de más*. Dijo un montón de cosas que no escuché y en algún momento nos levantamos y me fui. Es muy alto, lo cual es un dato para tener en cuenta. Contemplé el futuro y vi que los chicos de la escuela que no son altos supondrán que solo salgo con altos, y que los altos pensarán que rechacé a un alto después de una sola cita: un panorama alentador.

¿Mencioné que mi tía tiene un jardín? Así es. Tiene un jardín en un hueco que se forma entre la casa y el garaje y un muro lateral. Es más o menos así:

CASACASACASACASA X
 JARDÍNJARDÍNMURO X
 GARAJEGARAJENADA X
 GARAJEGARAJENADA X
 GARAJEGARAJENADA X
 GARAJEGARAJENADA X
 GARAJEGARAJENADA X

X es el límite del mapa. Si una hace un mapa para otra persona, es importante indicar dónde termina. Lo leí en un libro de cartografía. Cartografía significa hacer mapas, ¿no? Antes era difícil y casi todos los mapas estaban mal hechos, pero ahora es fácil, según dicen.

Pero volvamos al jardín de mi tía. Digamos que hay de dos clases: jardines franceses y jardines ingleses. Quizás también haya chinos y japoneses, pero esos más que nada tienen piedras y musgo, así que no cuentan en este caso. Estoy hablando de jardines con plantas, ¿no? Entonces: un jardín francés, a mi entender, es un jardín bien cuidado. Mi tía, por ejemplo, lo recorre lentamente y de tanto en tanto se agacha para arrancar alguna maleza o plantar alguna cosa en otro lugar. Eso es un jardín francés. Un jardín inglés es un jardín que solía ser francés pero en el que ya nadie se ocupa de nada. Parece descuidado. Las plantas no crecen en hileras prolijas. Eso me han dicho. El jardín de mi tía va de un extremo al otro. A veces es más francés; otras, más inglés. Una vez le pregunté sobre este tema a un estudiante de intercambio francés y me dijo que los jardines ingleses no son jardines de verdad. Claro que él también decía que todos los ciudadanos de Francia lucharon en la Resistencia. En mi opinión: es probable que una cantidad vergonzosa de franceses haya estado a favor de Vichy, y no me refiero a los que murieron linchados. Así es la historia siempre. Una hace ciertas cosas y más adelante, cuando la gente se entera de lo que hiciste, es mal visto. La única excepción es si tienes la oportunidad de defenderte, pero eso casi nunca ocurre. La historia solo es gente portándose mal.

En el diagrama puede apreciarse que la casa es bastante grande. Eso quizás les haga suponer que a mi tía le va muy bien o algo por el estilo. Cuando me traen en auto y se estacionan frente a esta casa, que es enorme, la gente piensa: sí, se viste como una mendiga, pero debe tener mucho dinero. Supongo que no está mal que lo piensen. Mi tía y yo vivimos detrás de la casa y detrás del jardín. El garaje está amueblado y allí vivimos nosotras, como si fuese una casita. Para mi tía debe haber sido un incordio hospedarme cuando la internaron a mi mamá. Yo duermo en la única cama que hay y mi tía duerme en un camastro o bien en un sillón grande que tenemos en un rincón. Suele quedarse dormida leyendo allí, así que debe gustarle.

Por supuesto que al principio le dije que ni lo soñara, que no pensaba quedarme yo con la única cama, pero como la mayor parte de las veces ella se duerme en el sillón y en la cama no hay nadie, entonces la uso.

Una vez me desperté en medio de la noche porque había luna llena (mucha luz) y me pasé como dos horas pensando en que mi tía se iba a morir y en que era probable que ocurriera en cualquier momento. Por otra parte, sé que las mujeres de la familia son longevas y todo eso. Mi tía podría vivir hasta los noventa y dos años en la más absoluta miseria. Es lo más probable.

Pienso que ser vieja no sería tan terrible, pero hay toda clase de cosas que les gustan a los viejos, cosas que les gustan mucho, que a mí no me gustan nada. Será entonces que la vejez no es para mí, al menos no por ahora. Odio pensar en eso. Envejecer es así: crees que te estás saliendo con la tuya y crees que te estás saliendo con la tuya y crees que te estás saliendo con la tuya y de repente eres vieja y resulta que al final no te saliste con la tuya. O sí te saliste con la tuya, como mi tía, pero las consecuencias son profundamente irónicas.

Una vez vi un documental sobre las pirámides, y en el documental decían que los CP (constructores de las pirámides) eran extraterrestres, básicamente unas cigarras (pero bípedas) cuyo ciclo dura diez mil años en vez de diez o quince, y que un buen día se van a despertar y, según la opinión del narrador del documental, van a enojarse mucho. Pero a mí me parece que ya deben estar acostumbrados a que se arruine todo mientras ellos duermen. Yo no pienso que se vayan a enojar. Tampoco es que le crea una palabra al documental. La mayoría de los documentales son peores que la ficción.

6

El día siguiente fue un desastre. La verdad es que ni siquiera tengo ganas de escribirlo, pero un trato es un trato, y ya que me metí en esto será mejor no omitir nada.

No bien llegué a la escuela esa mañana me sacaron de la

clase y me mandaron al despacho de la psicóloga. Lo que es peor, el profesor (que es un bruto, digo, no hacía falta que lo anunciara delante de todos) dijo con una voz de barítono odiosa y melodramática: *señorita Stanton, la doctora Kapleau desea verla durante la primera hora.* Y todos saben qué significa.

Así que tuve que reunirme con esta tal Kapleau, que me hizo preguntas sobre mi mamá y mi papá, y sobre los lápices, etcétera. Y luego, al terminar la entrevista, me preguntó si las clases me parecían bien o si no sería preferible que estuviera en un curso inferior, lo cual fue insultante. Le dije que hasta un delfín se graduaría con honores en esa cloaca, y ella sonrió con amabilidad y me dijo que volviera al aula.

Fue entonces cuando la cosa se puso peor, porque, de allí en más, todos quisieron saber por qué me había citado la psicóloga, y tuve que decirles que era porque tengo un trastorno que se llama cataplexia y que, si me río, me quedo dormida. Y que por eso nunca me río. Como es cierto que nunca me río, algunos me creyeron, excepto un chico, Stephan, que es inteligente. Dijo discretamente que lo que había dicho le parecía interesante, y también que la cataplexia es una enfermedad rara, muy rara. Por suerte, nadie le hace caso.

El primer día el asunto del lápiz no había llamado demasiado la atención, lo cual fue bueno, pero después de la entrevista con la psicóloga la gente empezó a comentarlo. No me molestó que en el almuerzo nadie se acercara a

mi mesa. Me da igual no tener con quien hablar. Pero que la gente que está delante y detrás en una fila se aparte un poco más de lo normal no es agradable. Los voy a apuñalar de verdad si siguen actuando así, pensé en decirles, pero obviamente no habría sido el mejor de los comentarios.

Las cosas repuntaron entre la quinta hora y la sexta cuando escuché al pasar una conversación entre dos chicos. Ellos no me veían, y el más bajo con cara de tonto le decía al más alto que ya estaba todo arreglado y que la Sociedad del Fuego se reuniría esa tarde en el lugar de siempre. Trataban de sonar bien enigmáticos.

Apuesto a que no saben de qué hablo. Se preguntarán qué es la Sociedad del Fuego y por qué tanto entusiasmo. Pues bien, tengo un amigo (es cierto) que me contó algo que a su vez le contaron a él, y lo que me contó es esto:

En este preciso instante se están creando sociedades por todo el país. Se hacen llamar Sociedades del Fuego, y son sociedades para personas que quieren provocar incendios, personas que están hartas de la riqueza y de la propiedad y que quieren prender fuego todo.

Mi amigo me dijo que tienes que incendiar algo solo para que te dejen entrar, y cuando me lo dijo pensé: es lo más fascinante que escuché en mucho tiempo. En mi opinión, si no te gusta el fuego, no estás vivo.

Pero en la última hora, la de ciencias sociales, sucedió algo horrible. Estábamos haciendo un simulacro de juicio. Yo era el supuesto testigo de un asesinato y estaba declarando en el banquillo. Una de las supuestas abogadas, una chica llamada Lisette, me hacía preguntas. Pero tuvo la mezquina ocurrencia, apenas ingeniosa, de hacerme preguntas sobre mi identidad real. Al principio las intercaló sutilmente con las demás preguntas. Me costó entender adónde quería llegar.

Así que es nueva en la escuela. ¿Conocía al acusado antes de su llegada a este lugar? ¿En qué circunstancias?

Algunos se rieron por lo bajo. Respondí que no iba a la escuela y que hacía años que no estudiaba: se suponía que yo fuera un hombre mayor. ¿Acaso no me delataba la barba? (Nadie se rio). Le dije que ya había visto al acusado. Por supuesto, si era uno de mis inquilinos.

La noche del incidente anduvo deambulando en las calles. ¿Por qué motivo?

Hubo más risas.

Respondí que no había estado en la calle. Había estado en mi casa, mirando por la ventana.

Entonces arremetió:

Lo siento, sé que esto no tiene nada que ver con el juicio, pero ¿cómo consiguió esos jeans de hace cuatro años? ¿Viajando en una máquina del tiempo?

Lisette Crowe. Parece que tengo otra persona de quien vengarme. Tiene mucho dinero pero su forma de hablar es puramente televisiva. No se

expresa como una persona con una mente real. El dinero de sus padres no alcanzó para protegerle el cerebro. Odio cómo habla la mayoría de la gente. De solo escucharlos dan ganas de volverse ermitaña. Mi mamá tenía un modo precioso de hablar. A veces me gusta pensar en eso.

El asunto es que todos se rieron de mí.

Tal cual, cuando ella hizo su tonta gracia todos se rieron, y eso me pone en un dilema: ¿es suficiente con que alguien se ría para agregarlo a la lista negra? Pienso que si se trata de una persona superficial, esencialmente un instrumento de los demás, entonces no, realmente no está en falta por reírse. Pero también pienso que si es una persona con ciertas capacidades (no hablo de inteligencia, digamos una que cuente con los recursos mínimos), en ese caso, si se ríe sin dudas se ganará un lugar en la lista. Porque podía no hacerlo. En fin, vi a varios de esos. Considérenlos agregados a la lista.

Dicho sea de paso, mis jeans no tienen nada de malo. Ni siquiera sé qué quiso decir ella. En un estudio a ciegas, apuesto a que no podría distinguirlos de otros cuatro pares de pantalones.

Pero así son las cosas: las personas ricas y populares ni siquiera necesitan tener razón. Hagan lo que hagan, siempre salen ganando.

8

(y por eso deben morir)

9

En la parada del autobús después de la escuela (el de la línea urbana) conocí a un chico que estudia en la universidad. Al menos, eso dijo. Le dije que yo también iba a la universidad y creo que se lo tragó. El chico estaba leyendo un libro sobre Chernóbil, cosa que puede parecer interesante al principio pero que en realidad no lo es tanto. Digamos que si una se encuentra con un libro así, lo que hace es ojearlo un segundo y luego dejarlo. No creo que acabe leyéndolo en la parada del autobús. Lo peor es que él iba por la primera página. Ni siquiera lo tenía empezado. Eso, para mí, es una señal de que el libro es un libro pantalla. Los libros pantalla son libros que la gente lleva consigo para parecer inteligente. La cuestión es que su libro pantalla me puso en guardia.

Me preguntó qué estudiaba y le dije que estaba estudiando el concepto de los venenos. Me preguntó a qué me refería. Le respondí que hay muchas cosas que son venenosas, pero que solo unas pocas son venenos. ¿A quién le toca trazar ese límite? A lo largo de la historia, el límite se va desplazando según quién salga beneficiado. Digamos que el alcohol es bastante venenoso, por ejemplo. Él dijo que le gustaba el alcohol. No lo dudo, dije yo.

¿Te gusta ir a recitales?

No mucho.

¿Por qué?

Porque son caros. A veces, mis amigas y yo entramos gratis.

Me dijo que no se sorprendía de que nos dejaran entrar gratis.

Le dije que una de las chicas es muy linda, que debía ser por eso.

Él dijo que no, que lo que había querido decir era que no se sorprendía: que le parecía que yo podía entrar gratis, con o sin amigas.

Me preguntó si quería ir a su casa, y le dije que sí, pero cuando llegó el momento de bajar del autobús me quedé sentada. Él se levantó y dijo: la parada es esta. Yo me quedé quieta, mirando por la ventana. Entonces el autobús volvió a arrancar y él ya se había bajado. Tal vez no vuelva a verlo nunca más. No me molesta la idea.